

ción, a ningún padre de familia le han sido negadas las gracias, para que sea tal como haya de ser.

De los sacerdotes que no escogen su vocación, antes que Dios llama a su servicio para el gobierno espiritual de sus hijos, también cumple decir que ellos tienen de Dios el espíritu público del caso.

Fuera de estos dos, que no admiten objeciones ningunas, el asunto es a la vez difícil y delicado, por lo menos en su aplicación, mejor dicho en su explicación, razón por la cual me limitaré a sentar como principio, este: «ninguno que no haya sido dotado de espíritu público tiene derecho a mandar en sociedad alguna». «Como saber quienes han sido los ungidos por Dios para que los unja el pueblo?

Dejo a otro el trabajo de enseñarlo, porque no me conviene hacerlo. A mí principio me atengo: «No pueden mandar en una sociedad sino aquellos quienes tengan espíritu público, es decir, inteligencia de lo que conviene a dicha sociedad y voluntad suficiente para procurárselo».

Supuesto que tenga espíritu público el que dirige la comunidad:

¿A qué está obligado?

A sacrificarse para el bien de la misma comunidad. En efecto, puede estar seguro de que su papel ha de ser un papel de sacrificio y entre más le convenga y mejor lo desempeñe, más dificultades encontrará para desarrollarlo.

La razón de ello es obvia: El que trabaja para el bien de todos tiene que violar necesariamente lo que unos pocos proclaman sus derechos inviolables, intangibles y no son sino caprichos o antojos ruines y despreciables, porque de dos una: son de la comunidad o no son de ella.

FOLLETIN DE «ECO DE ORIENTE»

EL MORO

Por José Manuel Marroquín

Autobiografía de un potro sabanero.

CAPITULO XX

La casa de D. Bernabé

«Con qué delectación tan sabrosa volví a ver aquella rústica vivienda, aquella estancia y aquellas escenas apacibles que, sin turbar el ánimo, recrean a los que saben gozar de los espectáculos que ofrece la madre naturaleza!»

En la casa todo respiraba amable sencillez: en la reducida sala, en la que abusivamente me colé más de cuatro veces para recoger granitos de maíz, alternaban la pesada mesa con gran cajón, asegu-

ella. Si son de la comunidad, el bien de todos lo es para ellos también y si no son de ella ningún motivo plausible pueden alegar para que esta de la cual se separan venga a sufrir perjuicios por ellos.

Así y todo, aquellos intrasigentes que son siempre una minoría aturden y acobardan a veces a aquellos quienes tienen inteligencia de lo que exige el verdadero bien público, pero faltan de la correspondiente VOLUNTAD para hacerlo efectivo.

Cada paso que de la comunidad adelante, exige de parte del jefe intuición y carácter o sea espíritu público y, de la de los súbditos, el sacrificio de tal cual comodidad pasajera y privada. Dió la vanidad humana, que exagera todo lo que la mortifica, en llamar espíritu público a este segundo papel insignificante, secundario pero de fácil aprovechamiento y no se preocupó por el recto, legítimo y gallardo desempeño del primero. De ahí que se confunda la abnegación con el espíritu público cuando ese no es más a veces que el no oponerse al libre ejercicio del segundo.

APOLOGO

Un hombre hallábase enfermo. Recetáronle varias medicinas, las que el mismo paciente resolvió tomar reconociéndolas como útiles y aun necesarias.

Alegrábanse todos los miembros del organismo pues veían en las posiciones indicadas, su propia salvación y la del individuo todo.

Pero, resultó que al paladar se le hizo el medicamento insoportable y sin reparar en que él mismo aprovechaba del bien general que resultase, se negó a dar paso al jarabe.

Daba la casualidad que aquél órgano, verdadero gamonal, pudie-

rado con su cerrojo y con los taburetes labrados con hacha y forrados en cuero crudo, los tercios de papas, de maíz y de trigo, que también servían de asientos. En el testero fronterizo a la puerta estaba el altar, compuesto de viejas estampas de santos, de pedazos de papel pintado, de espejitos minúsculos, de rótulos pintarrajeados, de oraciones impresas y de plumas de pavo real. De estacas clavadas en las paredes, pendían rejos de enlazar, un arnero, un tipile y los sombreros y las ruanas domingueras. Adornaban también las paredes algunos hacecillos de espigas de trigo y unas mazorcas de maíz, muestras de la última cosecha. Las puertas de las alcobas no tenían madera sino delgadas cortinas.

En las columnas del corredor estaban aseguradas algunas patas de venado que servían de ganchos para colgar zamarras, zurriagos y apare-

ra emitir sonidos y palabras, privilegio que no poseía el órgano directamente atacado, por lo tanto nuestro egolista, perturbador, armó la algazara más estrepitosa con gritos, alegatos y peroratas; en fin, hizo tanto que, los miembros de finísima categoría como son los pies y los brazos, que nada tenían que ver en las repugnancias del paladar, sí, mucho, en la mejoría de los pulmones por ejemplo, se pasaron a las filas del revoltoso gamonal, al cual favorecieron: los brazos, derramando la medicina y los pies, sacando el cuerpo todo.

CONCLUSION. Píes y brazos perjudicaron al individuo, incluso el paladar, más se perjudicaron a sí mismos; ¿porqué? porque el espíritu del organismo corporal no supo hacer respetar su dictamen y cohibiendo pies y brazos obligar al paladar a que por sobre sus gustos pasara la salvación.

M. D. M.

MORTIFICARSE ES MERECER

PALABRAS DE MR. CLEMENCEAU

PARIS, 9.—Clémenceau dijo en la Cámara: «El momento es terrible, pero el valor y el heroísmo de nuestros soldados se hallan a la altura de la situación. Los alemanes se han comprometido en una aventura. Retrocedemos, pero no capitularemos jamás, y estamos dispuestos a luchar hasta que la victoria sea nuestra. La táctica alemana de aterrorizarlos no dará resultados. Los efectivos franceses e ingleses se agotan como los alemanes, y el concurso americano decidirá la partida.»

Información Comercial

(mercado de Bogotá)

Caucho y Cueros Arroz Manteca
sin precio 22 5.20

Algodón desmotado de 22 a 24 libra

jos de bestias de carga.

En un tramo que formaba escuadra con el de la sala, estaba la cocina, delante de cuya puerta se veía el patio humedecido por el agua que muy a menudo derramaba Resura de una olla y de una artesa que lavaba allí muchas veces cada día.

En otro lado del patio, se hallaba gran parte del año una tosca mesa, sentadas delante de la cual, en taburetes ennegrecidos por la vejez, dos indias jornaleras, sin distraerse nunca de su ocupación, estaban es cogiendo trigo, valiéndose, ya del arnero; ya de las manos, a guisa de quien cuenta plata.

Cerraba el patio, por los dos costados en que no había edificio, una hilera de arbolitos interpolados con rosales silvestres que se enredaban y aun se enmarabanaban en una cerca formada de cañas de maíz, cerca que, por su innata debilidad y por hallarse siempre deteriorada,